

necesidad de ocupar á Alba obligaba á desfilarse hacia la izquierda para remontar el Tormes. Al otro día, que era el 14, estaba el tiempo horroroso, y como disgustada la fortuna de gentes que tan mal sabían aprovecharse de sus favores, no semejava propicia á venir en su apoyo. Apenas se descubría por el frente á los enemigos: con todo, se les podía divisar por entre la niebla, desfilando de nuestra derecha á nuestra izquierda, para dejar á Salamanca y encaminarse á Ciudad-Rodrigo. A la parte de Salamanca se oían muchas explosiones, demostrativas de la destrucción voluntaria de una porción de municiones de los ingleses y harto indicadoras de un principio de retirada. José y Jourdan insistieron en que al menos se cayera con la caballería sobre el ejército contrario, para quitarle alguna tropa. Circunspecto el mariscal Soult hasta el último grado, y alegando por excusa lo obscuro del tiempo, no quiso continuar el avance hasta que todo el ejército de Portugal se le incorporara, no hizo siquiera dar su caballería, y cuando los ochenta y cinco mil franceses estuvieron juntos, ya halló á los ingleses fuera de alcance y en plena retirada por el camino de Ciudad-Rodrigo.

Extremadas fueron en los tres ejércitos la confusión y la ira. Para excusar tan deplorable aborto, se idearon las razones del estado de la atmósfera y la lentitud del ejército de Portugal, que forzado á remontarse más arriba de Alba de Tormes, no pudo llegar de ninguna manera más de prisa. Uno ó dos días más siguió á los ingleses, y por único resultado de esta formidable concentración de fuerzas, se juntaron tres mil prisioneros, recogidos por los caminos á la cola de un contrario, reducido á marchar más velozmente que de costumbre.

José tomó la vuelta de Madrid y puso á sus tres ejércitos en cantones, al de Portugal en Castilla, al del centro en los alrededores de la capital española, al de Andalucía sobre el Tajo, entre Aranjuez y Talavera.

Tal fué en España esta triste campaña de 1812, que después de comenzar con la pérdida de las plazas de Ciudad-Rodrigo y Badajoz, dejadas imprudentemente al descubierto por nosotros, ya para tomar á Valencia, ya para encaminar parte de nuestras tropas hacia Rusia, se interrumpió un momento, tornó á ser proseguida, y señalóse por la pérdida de la batalla de Salamanca, de resultas del alejamiento de Napoleón, de la autoridad insuficiente de José, de la negativa de varios generales á aprontar socorros, de la lentitud de Jourdan, de la temeridad de Marmont; campaña que terminó por la salida de Madrid, por la evacuación de Andalucía, por una reunión de fuerzas que, si bien tardía, pudiera hacer expiar á lord Wellington sus harto fáciles victorias, si la condescendencia de José y de Jourdan, al discernir el buen partido que debía tomarse y no osar hacer que prevaleciese, no produjera la última desgracia de ver á un ejército de cuarenta mil ingleses escaparse de ochenta y cinco mil franceses, colocados sobre su línea de comunicaciones. Así en este año de 1812, los ingleses nos tomaron las dos plazas importantes de Ciudad-Rodrigo y Badajoz, nos ganaron una batalla decisiva, nos quitaron á Madrid por un instante, nos obligaron á evacuar á Andalucía, nos desafiaron hasta Burgos, y volviendo sanos y salvos de tan atrevida punta, pusieron

de manifiesto la debilidad de nuestra situación en España, debilidad debida á muchas causas deplorables, si bien referentes á una sola, al descuido de Napoleón, que, grande como era, no poseía el don de ubicuidad, y no pudiendo mandar bien desde París, aun lo podía menos desde Moscov; que, resolviéndose al fin á fiar su autoridad á su hermano, no se la delegó plena por desconfianza, por no se sabe qué enfado inoportuno.

Querer emprenderlo todo á un tiempo, querer estar á la vez en todas partes, turbarse después acerca de lo que se había tenido que descuidar á la fuerza, tal había sido, tal era aún el triste secreto de esta funesta guerra de España. ¡Tras del atentado con que se dió principio, nada peor se podía imaginar que la negligencia con que se estaba continuando!

Por lo demás, tantos sucesos á la par desastrosos en el Norte, fatales cuando menos en el Mediodía, debían producir y produjeron efectivamente una viva emoción en Europa. ¡Qué asombro y qué satisfacción entre los numerosos enemigos que nos habíamos concitado en todas partes! A cierta especie de alegría delirante se entregaba Inglaterra, que, olvidando que su huésped había tenido que salir de la capital española, sólo pensaba en el honor de haber entrado; que, después de restituir al gobierno de Cádiz la ciudad de Sevilla, se lisonjeaba de haber libertado casi á la Península de sus invasores; que, tras de alentar mucho la resistencia del emperador Alejandro sin esperanza alguna, se hallaba poseída de asombro al saber que sobre el Niemen tornábamos vencidos. A pesar de toda la credulidad del odio, apenas osaba dar asenso á las noticias divulgadas por Europa, y publicando con las cien voces de sus periódicos nuestros infortunios, aún no los creía tan grandes como los suponía y los estaba propalando. Estupefacta Alemania del espectáculo que tenía ante los ojos, empezaba á creernos vencidos, aún no se atrevía á creernos arruinados, se abandonaba á la esperanza de que así fuera al ver desfilarse uno tras otro á nuestros soldados, extrañados, helados, hambrientos, siempre aguardaba á ver por fin asomar el esqueleto del grande ejército, y no viéndolo llegar nunca, empezaba á juzgar verdadero lo que publicaba el orgullo de los rusos, y que ni este esqueleto existía. Cada día de aquel triste mes de diciembre sentía Alemania renacer en sus entrañas la esperanza, con la esperanza el valor, y con el valor una rabia furiosa. Fermentando estaban y aprestábanse á una sublevación general todas las sociedades secretas formadas en su seno. Pero aún fluctuaba entre la esperanza y el temor, no osaba abandonarse al ímpetu de sus pasiones, y aguardaba los sucesos con curiosidad ardorosa.

En medio de esta disposición de los ánimos se encaminaba Napoleón hacia París á las calladas, y allí le iban á acoger la criminal alegría de ciertos adversarios de su gobierno, el abatimiento de sus aduladores, el dolor no pensado de los hombres honrados, el dolor sin sorpresa de los hombres de luces. Y sin embargo, ni nuestros vencedores en la exaltación de su orgullo, ni nuestros enemigos en el arrebatado de su odio, ni los buenos conciudadanos en la profundidad de su pena, podían llegar á imaginar toda la extensión del daño. ¡Ah, que en breve lo debían conocer por completo!

LIBRO CUADRAGÉSIMO SÉPTIMO

LAS COHORTES

Rápido viaje de Napoleón. — No se da á conocer más que en Varsovia y en Dresde, y sólo á los ministros de Francia. — Llegada súbita á París el 18 de diciembre á media noche. — Recepción de los ministros y de los grandes dignatarios del imperio al día siguiente. — Napoleón toma la actitud de un soberano ofendido, que tiene que hacer cargos en lugar de merecerlos, y afecta atribuir á la conspiración del general Malet una grande importancia. — Solemne recepción del senado y del Consejo de Estado. — Violenta invectiva contra la ideología. — A fin de atraer la atención pública sobre el asunto de Malet y de apartarla de los sucesos de Rusia, es sometido al Consejo de Estado Mr. Frochot, prefecto del Sena, acusado de haber carecido de presencia de ánimo el día de la conjura. — Sale condenado este magistrado, y queda privado de sus funciones. — Bajo la impresión del peligro que corrió su dinastía, si llegaba á ser muerto, piensa Napoleón en instituir de antemano la regencia de María Luisa. — Al archicanciller Cambaceres se le encarga preparar un senadoconsulto sobre esta materia. — Cuidados más importantes que absorben á Napoleón. — Actividad y genio administrativo que acredita para reorganizar sus fuerzas militares. — Sus proyectos para levantar nuevas tropas y reorganizar los cuerpos casi enteramente destruidos en Rusia. — De las márgenes del Vístula recibe noticias que le desengañan sobre la situación del grande ejército y le prueban que desde su partida el mal ha superado á todas las previsiones. — Alegría de los prusianos al adquirir cabal conocimiento de nuestros desastres. — A su alegría sucede una violencia de pasión inaudita contra nosotros. — Llegada del emperador Alejandro á Wilna, y su proyecto de presentarse como libertador de Alemania. — Activos manejos de los refugiados alemanes reunidos en torno de su persona. — Esfuerzos tentados cerca del general York, caudillo del ejército auxiliar prusiano. — En retirada este cuerpo de Riga á Tilsit, abandona al mariscal Macdonald y se entrega á los rusos. — Peligros del mariscal Macdonald al quedar con algunos miles de polacos en medio de los ejércitos enemigos. — Sobre Tilsit y Labiau logra retirarse sano y salvo. — Evacúa el cuartel general francés á Königsberg y se repliega del Niemen al Vístula. — Macdonald y Ney, uno con la división polaca de Grandjean, otro con la división de Heudelet, cubren como pueden esta evacuación precipitada. — Oficiales, generales y cuadros varios corriendo sobre Dantzig y Thorn. — No quedan en el cuartel general más de nueve ó diez mil hombres de todas naciones y de todas armas para resistir á la persecución de los rusos. — Desmoralizado Murat se retira á Posen, y acaba por abandonar al ejército, dejando el mando al príncipe Eugenio. — Efecto que la defección del general York produce en toda Alemania. — Movimiento extraordinario de la opinión, apoyado por las sociedades secretas, y voto unánime de juntarse á Rusia contra Francia. — Inmensa popularidad del emperador Alejandro. — Primeras impresiones del rey de Prusia, y su diligencia en desaprobando la conducta del general York. — Su embarazo entre los compromisos contraídos respecto de Francia y la coacción que sobre su ánimo ejerce la opinión pública de Alemania. — Se retira á Silesia y toma una especie de posición intermedia, desde la cual propone á Napoleón ciertas condiciones. — Rechazo producido por el movimiento de los ánimos en Viena. — Situación del emperador Francisco, que ha casado con Napoleón á su hija, y de Mr. de Metternich que ha aconsejado este matrimonio. — Su recelo de ser engañados al adoptar demasiado tarde la política de alianza con Francia. — Deseo de modificar esta política y de mediar entre Francia y Rusia, á fin de venir á la paz y de aprovechar las circunstancias para establecer de una manera ó otra la independencia de Alemania. — Prudentes consejos del emperador Francisco y de Mr. de Metternich á Napoleón, y oferta de la mediación austriaca. — Cómo recibe Napoleón estas noticias, que llegan á París una tras otra. — Nuevo desarrollo que da á sus planes con la reconstitución de las fuerzas de Francia. — Empleo de las cohortes. — Alistamiento de quinientos mil hombres. — Napoleón convoca un consejo de negocios extranjeros para someterle estas providencias y consultarle sobre la actitud que se debe tomar respecto de Europa. — Sin rechazar la paz, Napoleón quiere hablar y dejar que se hable de ella, aun cuando no concluíra hasta después de alcanzar victorias que le restituyan la situación que ha perdido. — Diversidad de opiniones que se suscitan en torno suyo. — Se declara la mayoría á favor de grandes armamentos y al mismo tiempo de inmediatas negociaciones por mediación de Austria. — Napoleón, á quien conviene negociar mientras se apresta á combatir, acepta la mediación de Austria, bien que indicando bases de pacificación nada adecuadas á captarse la voluntad de esta potencia. — Respuesta poco alentadora dirigida á Prusia. — Inmensa actividad administrativa desplegada durante estas negociaciones. — Estado de la opinión pública en Francia. — Se deploran las faltas de Napoleón, pero prevalece el dictamen de hacer un vigoroso y último esfuerzo para repeler al enemigo y celebrar la paz en seguida. — A los alistamientos prescritos, se agregan donativos voluntarios. — Uso que hace Napoleón de los quinientos mil hombres puestos bajo su mando. — Reorganización de los cuerpos del antiguo ejército á las órdenes de los mariscales Davout y Víctor. — Creación, por medio de las cohortes y de los regimientos provisionales, de cuatro cuerpos nuevos, uno sobre el Elba á las órdenes del general Lauristón, dos junto al Rhin á las de los mariscales Ney y Marmont, y otro en Italia á las del general Bertrand. — Reorganización de la artillería y de la caballería. — Medios rentísticos ideados para atender á tan vastos armamentos. — Mientras Napoleón se ocupa en estos preparativos, quiere hacer algo por atraerse los ánimos, y piensa terminar sus disputas con el Papa. — Traslación del sumo pontífice desde Savona á Fontainebleau. — Napoleón envía allí á los cardenales de Bayane y Maury, arzobispo el uno de Tours y obispo el otro de Nantes, para inducir á una transacción á Pío VII. — De acuerdo ya Napoleón sobre la institución canónica con el papa, se muestra éste propicio á aceptar un establecimiento en Aviñón, con tal de que no se le obligue á residir en París. — Cuando están próximos á entenderse, trasládase Napoleón á Fontainebleau, y con el ascendiente de su presencia y de sus entrevistas, decide al papa á firmar el concordato de Fontainebleau, que consagra el abandono de la potestad temporal por la Santa Sede. — Fiestas en Fontainebleau. — Gracias prodigadas al clero. — Llamamiento de los cardenales desterrados. — Vuelto los cardenales al lado del papa, le excitan á dolerse de lo que ha hecho, y le disponen á no ejecutar el concordato de Fontainebleau. — Napoleón finge no echar de ver estas intrigas. — Satisfecho de lo que ha alcanzado convoca al cuerpo legislativo y le anuncia sus resoluciones. — Curso de los sucesos en Alemania. — Entusiasmo creciente de los alemanes. — Dominado por sus súbditos el rey de Prusia, se muestra muy irritado de las negativas de Napoleón y se aleja cada vez más de nuestra alianza. — Aunque divididos los rusos acerca de la conveniencia militar de una marcha hacia adelante, se deciden á ella por el deseo de atraerse al rey de Prusia. — Se adelantan sobre

el Óder, y obligan al príncipe Eugenio á evacuar sucesivamente á Posen y á Berlín. — Nuevo movimiento retrógrado de los ejércitos franceses, y su establecimiento definitivo sobre el Elba. — Separado el rey de Prusia de los franceses y rodeado de los rusos, se entrega á éstos y rompe su alianza con Francia. — Tratado de Kalisch. — Llegada de Alejandro á Breslau y su entrevista con Federico Guillermo. — Efecto producido en Alemania por la defección del rey de Prusia. — Insurrección de Hamburgo. — Semi-defección de la corte de Sajonia y su retirada á Ratisbona. — Influencia de estas noticias en Viena. — Muy conmovido el pueblo austriaco empieza también á pedir la guerra contra Francia. — Firme la corte de Austria en su resolución de restablecer su situación y la de Alemania sin exponerse á la guerra, se esfuerza por resistir al empuje de los ánimos y por impulsar á una transacción á Francia. — Consejos de Mr. de Metternich. — Poco turbado Napoleón por tales sucesos, se aprovecha de la coyuntura para pedir más soldados. — Su manera de contestar á las miras de Austria. — No haciendo caso alguno de los deseos de esta potencia, le propone destruir á la Prusia y apoderarse de sus despojos. — Elección de Mr. de Narbonne para reemplazar á Mr. Otto en Viena, y hacer tomar allí gusto á la política de Napoleón. — Antes de moverse éste de París, se decide á confiar la regencia á María Luisa y á delegarla el gobierno interior de Francia. — Sus entrevistas con el archicanciller sobre este asunto, y sus ideas acerca de su familia y del porvenir de su hijo. — Solemne ceremonia en que confiere á María Luisa el título de regente. — Antes de su salida tiene tiempo de ver al príncipe de Schwartzberg, á cuyas comunicaciones apenas presta oídos. — Plena confianza de que se siente animado. — Pena de la emperatriz. — Partida para el ejército.

Mientras agitada la Europa á la vez por la esperanza, el temor y el odio, discurría sobre el paradero de Napoleón, sobre si había perecido ó se había salvado, acompañado éste del duque de Vicencio, del gran mariscal Duroc, del conde Lobau, del general Lefebvre Desnouettes, cruzaba en un trineo las vastas llanuras de la Lituania, de la Polonia, de la Sajonia, manteniéndose profundamente escondido bajo espesas pieles, pues pronunciado imprudentemente su nombre ó reconocido su rostro, se originara una trágica catástrofe al punto. El hombre que tanto había excitado la admiración de los pueblos, que poco antes era objeto de su sumisión supersticiosa, no se escapara á la sazón de su furia. Sólo se dió á conocer en dos partes, en Varsovia y en Dresde. En Varsovia convenía aún dirigir una palabra á los polacos, para arrancarles un supremo y último esfuerzo. Con su vestido de viaje se trasladó el duque de Vicencio á casa del arzobispo de Malinas, que se hallaba por extremo alterado á causa de las noticias de Krasnoe y del Berezina, y poco apto para transmitir á los polacos el valor que no sentía personalmente. Casi forzó las puertas del arzobispo, no queriendo darse á conocer á los criados de la embajada, se le apareció como una especie de espectro, y le llenó de sorpresa al nombrarse, diciéndole quién era, y llevándole á la modesta fonda, donde Napoleón se había apeado secretamente. Mr. de Pradt corrió adonde Napoleón estaba, hallóle en un mal aposento, costándole trabajo conseguir que le encendieran lumbré, y disimulando bajo una alegría fingida los padecimientos de su orgullo. ¡Qué diferencia entre este momento y el de seis meses antes, cuando le daba en tono galano las más extraordinarias instrucciones sobre la reconstitución de la Polonia, y sobre el repartimiento del territorio europeo! Hallando Napoleón recursos en la fuerza de su voluntad para sobreponerse á situación semejante, afectó no experimentar conmoción, ni sorpresa, ni mudanza. «De lo sublime á lo ridículo no hay más que un paso,» dijo al prelado embajador con sonrisa obligada, que probaba el exceso de su apuro, queriendo ocultarlo, al par que la energía de su carácter. «¿Quién no ha sufrido reveses?, añadió en seguida. Verdad es que nadie los ha sufrido de tanta monta, pero debían ser proporcionados á mi fortuna, y además, serán reparados muy pronto.» Entonces ponderó su salud, su fuerza personal, dióse á repetir que estaba amoldado para las aventuras extraordinarias; que el mundo trastornado era su elemento; que sabía vivir de esta suerte; que tenía medios de ordenarlo; que pronto

se hallaría de vuelta sobre el Vístula con trescientos mil hombres y haría expiar á los rusos las victorias que no eran suyas, sino de la naturaleza. En todo esto, fácil era de ver que, si padecía, su prodigiosa inteligencia no se hallaba ni decaída. Hizo llamar á los principales ministros polacos, recomendándoles el más absoluto secreto sobre su presencia en Varsovia, procuró alentar su ánimo abatido, les prometió no abandonar á la Polonia, tornar á aparecer muy pronto en su seno á la cabeza de un ejército poderoso, les afirmó que los rusos habían sido más maltratados que los franceses; que no podrían reparar sus pérdidas, al par que él iba á reparar las suyas en un abrir y cerrar de ojos, y que la desproporción fundamental entre el poderío de Francia y el de Rusia se manifestaría al cabo de tres meses de una manera fulminante y adecuada á volver cada cosa á su puesto. Después de intentar infundir alguna confianza á los ministros polacos, partió siempre de incógnito, y siempre corriendo sobre la nieve llegó á Dresde, se apeó en casa de su ministro, Mr. de Serra, hizo llamar al pobre rey de Sajonia, aterrado de tan extraña mudanza de fortuna, le dijo que no había por qué alarmarse de resultados de los últimos sucesos, no siendo más que una de las movibles y variables apariencias que la guerra tomaba á veces; que dentro de algunas semanas volvería más formidable que nunca, le conservaría aquella Polonia, quimera antigua y acariciada por los príncipes sajones, y dejó casi tranquilo á aquel hombre de bien con corona, acostumbrado, no á comprenderle, sino á creerle.

Recomendóle el secreto, de que todavía necesitaba por espacio de cuarenta y ocho horas, se tomó algunos instantes para escribir á su suegro, le anunció que regresaba sano y salvo, lleno de salud, de serenidad, de confianza; que las cosas habían pasado tal como constaba en su boletín 29; que iba á conducir á las márgenes del Vístula un ejército formidable; que siempre contaba con la alianza de Austria, con el pronto reclutamiento del cuerpo austriaco, y que deseaba que le enviase á París un diplomático de nota, siendo necesaria la presencia del príncipe de Schwartzberg en Galitzia, pues había que tratar grandes negocios. Después de probar á producir sobre su suegro con este escrito la impresión que procuraba excitar sobre todos aquellos á quienes encontraba, siguió para Weimar su camino. Ya por los puntos que iba á cruzar no le servía el trineo, por lo cual tomó el carruaje de Mr. de Saint-Agnán, su ministro, y corrió hasta París en posta. Llegado al Rhin no tenía

por qué ocultarse, pues si para Francia era un soberano absoluto, exigente y aun tirano, también era su caudillo, su defensor, y podía mostrarse con seguridad á ella. Para no sorprender demasiado, hizo que le precediera un oficial llevando algunas líneas que en el *Monitor* habían de ser publicadas. Estas líneas decían que el 5 de diciembre había reunido á sus generales en Smorgoni, trasladado el mando al rey Murat sólo mientras el frío paralizara las operaciones militares, cruzando á Varsovia y á Dresde, y que iba á llegar á París para poner la mano en los asuntos del imperio.

Indispensable era dar esta noticia, pues si el boletín 29, por siempre famoso, dejaba entrever la verdad en parte, muy pronto debía ser cruelmente comentada por las correspondencias de los oficiales con sus familias, y se necesitaba obviar á este inconveniente mostrando á Napoleón en la capital de Francia, medio único de mantener los ánimos en su estado ordinario de calma, de sumisión, de adhesión sincera ó fingida.

Muy de cerca siguió Napoleón al oficial encargado de anunciar su llegada. A las once y media de la noche del 18 de diciembre presentóse en las Tullerías y fué á sorprender á su esposa, no entibiada de ningún modo por un cambio de situación semejante, bien que profundamente asombrada, pues al unírsele en matrimonio, había creído casarse, no sólo con un favorito de la fortuna, sino, por decirlo así, con la fortuna misma, dispensando con mano inagotable todos los bienes de la tierra. Napoleón abrazó tiernamente á María Luisa, á su lado prosiguió la especie de comedia que había representado con todos, y repitió que el frío, sólo el frío había causado tan tremenda desgracia, si bien la repararía sin duda, como se vería muy en breve. Así la tranquilizó lo mejor que pudo, sin revelarla en manera alguna los tormentos de su orgullo horriblemente maltratado.

A la mañana siguiente aguardaba á sus ministros y á los próceres de su corte. Penosa prueba era la primera entrevista con aquellos servidores tan sumisos, tan desdenosamente tratados desde la cumbre de una prosperidad sin ejemplo; pero le quedaba un recurso facilitado por una casualidad triste y de que le iba á proporcionar hacer amplio uso la bajeza de los más de aquellos cortesanos, y era la conspiración de Malet. Singularmente fueron cogidos de sorpresa por este conspirador atrevido, hasta el punto de haberse dejado aprisionar muchos funcionarios, y con especialidad el ingenioso é intrépido ministro de Policía, duque de Rovigo; después se denunciaron unos á otros é hicieron fusilar á una docena de infelices no habiendo más que un culpable, sin estar muy seguros de haberse granjeado así la indulgencia de su ausente soberano. Por tanto se manifestaban inquietos sobre el modo con que serían recibidos; con menospreciativa compasión miraban al infeliz ministro de Policía, reputado como el más condenable y el más reo de todos, y no pensando apenas en los quinientos mil hombres que habían perecido, ni en la cambiada fortuna de Francia, solamente les ocupaba la idea de cómo serían tratados; de suerte que Napoleón, que hubiera tenido que dar tan deplorables cuentas, se presentaba, por el contrario, cual si no tuviera más que pedir las. Sobremanera cómoda le fué esta servidumbre retratada en casi todos los rostros. Con extremada altivez recibió á los personajes de su corte y de su gobierno, conser-

vando una actitud tranquila, si bien severa, en ademán de pedir explicaciones en vez de darlas, tratando los negocios de fuera como los de menos importancia, los de dentro como los más graves, queriendo que sobre estos últimos se le dieran luces, é interrogando en suma para no ser interrogado. Indudablemente, decía mirando ora á unos, ora á otros, había habido mal y mucho en esta campaña: el ejército francés había sufrido, aunque no tanto como el ejército ruso. Azares eran estos comunes de la guerra, no había por qué moverlos á asombro, y antes bien daban ocasión á que los hombres de buen temple acreditaran brillantemente la energía de su alma. Con este motivo dividía los hombres en dos clases, la de los que están al nivel de las pruebas ordinarias, y la de los que son superiores á todas las pruebas, cualesquiera que fuesen; afectaba no profesar estimación más que á éstos: hacía un mercedísimo elogio del mariscal Ney, de manera, sin embargo, que parecía no tener que decir nada de los sucesos de esta guerra, ni con relación á sí propio, nada, sino respecto de los hombres que no tenían el valor ni la salud del mariscal Ney. Descuidando después como accesorio la expedición de Rusia, preguntaba cómo se habían podido dejar coger de improviso; cómo, sobre todo, aun creyéndole muerto, no habían corrido al lado de la emperatriz, al lado del rey de Roma, legítimos soberanos después de su fallecimiento, y cómo habían podido suponer tan fácilmente abolido el orden de cosas.

A estas preguntas fundadas, si bien imprudentes, pues la verdad es que todos habían considerado su muerte como la más natural noticia, y la caída de su trono después de su muerte como la más natural revolución; á estas preguntas no sabía qué responder nadie, y cada cual procuraba salir del apuro con bajar la cabeza, aparentando reconocer que había allí algo inexplicable. Nadie se atrevió á darle la respuesta verdadera, esto es, que su imperio no estaba cimentado; que sin duda con prudencia extremada le pudiera dar una apariencia de estabilidad que rara vez tienen las nuevas fundaciones, pero que, según su manera de conducirse, se daba por supuesto que su imperio duraría cabalmente lo que su vida, y que, si continuaba el mismo rumbo, hasta se dudaría de esto muy pronto; que por tanto no había que maravillarse de que un osado, divulgando su muerte de un tiro y la destrucción de su gobierno, hubiese hallado en todas partes á gentes prontas á creerle y obedecerle. Esto se le debiera decir á las claras, y no se le dijo por no osarlo, y también por no comprenderlo. Pero insistiendo Napoleón y haciendo que se fijaran los espíritus por largo tiempo en este punto, cometía una falta, pues si no inducía á nadie á decirlo, obligándoles á reflexionarlo, les excitaba á que lo pensaran así todos.

A estas apremiantes preguntas se contestaba señalando con los ojos al ministro de Policía, á quien parecía designarse como el verdadero delincuente, como el que lo debía expiar todo, y no solamente la conspiración de Malet, sino también quizá la expedición á Rusia. Allí estaba el duque de Rovigo aquella mañana en un aislamiento absoluto, no atreviéndose á hablarle nadie, conceptuándole todos próximo á una ruidosa desgracia. Pero después de una recepción general y de aparato, Napoleón habló en particular á cada uno. Al duque de Rovigo escuchó especialmente y largo rato porque

profesaba cierta especie de estimación á su sinceridad, á su valor y á su talento. Audaz y familiar el duque de Rovigo, tenía algo de aquellos criados atrevidos, acostumbrados á no temer á un amo más regañón que malo, y prontos, siempre que la ocasión se ofrece, á hacerle oír lo que no le gustaba y es útil que sepa. Maltratadísimo por las comunicaciones malévolas del ministro de la Guerra Clarke, quien de miedo que se le culpaba de una conspiración en que figuraban muchos militares, lo había cargado todo sobre la policía, teniendo además el desagradable incidente de su envío á la Conserjería en contra, no se turbó lo más leve, y entrando en pormenores hizo comprender al emperador cómo, habiéndose fraguado todo en la cabeza de un audaz maniaco, que á nadie había revelado su secreto, no lo pudo penetrar la policía: cómo usando este hombre de la admisible noticia de la muerte de Napoleón de resultados de un tiro, había hallado una credulidad general, cambiada al punto en complicidad voluntaria: cómo oficiales inocentes, no suponiendo que hasta tal extremo se les indujera á engaño, habían hecho cooperar sus tropas á tan verosímil impostura, figurando como criminales sin saberlo: cómo finalmente, los que se habían empeñado en hacer que se creyera en una conspiración vasta, para disculpar á la policía, habían inmolado á una docena de víctimas inútilmente. Esta explicación, que era la verdad exacta, excusaba mucho al duque de Rovigo, aunque de ningún modo le salvaba de la carcajada general que, al recordar su arresto, estallaba aún de cotidiano, porque la risa no reflexiona como la ira; pero le justificaba á los ojos de un soberano siempre justo respecto del superior talento, cuando por cólera ó por cálculo no degeneraba en injusto. Una grande acusación resultaba contra los que habían mandado fusilar á doce infelices, de los cuales sólo tres eran delincuentes, y aun, á decir verdad, uno solo, pues habiendo creído los generales Lahorie y Guidal la noticia de la muerte de Napoleón, se les podía considerar como obrando bajo el influjo de un error involuntario. Tal era el modo de pensar de Napoleón en Esmolensko, y fuélo todavía más después de oír al duque de Rovigo; mas no debía censurar á sus ministros y á sus grandes dignatarios por exceso de celo en ocurrencias semejantes; y así se guardó muy bien de dirigirles cargo alguno. Convino con el duque de Rovigo en que sólo él había visto claro en este negocio: sin embargo añadió que ante un público burlón era una circunstancia importuna su arresto; por lo demás aseguróle de que no daría la razón á aquel público haciéndole caer en desgracia; y después de terminada esta audiencia, asombró á todo el mundo con muestras muy visibles de favor respecto del duque de Rovigo, procurando de algún modo realzar á un ministro de difícil reemplazo ante sus ojos, y á quien no reemplazara con Mr. Fouché de seguro, en momentos en que la fidelidad iba á ser una de las cualidades más preciosas.

Quedando solo con Mr. de Cambaceres, y experimentando delante de este confidente de tan superior buen seso un embarazo que no sentía delante de otro alguno, preguntóle qué había pensado sobre aquel extraño desastre de Rusia, y si le había sorprendido mucho. El archicanciller confesó que le produjo sorpresa extrema; y efectivamente, aunque de muy atrás comenzara á creer que tantas guerras tendrían un funesto desenlace,

aunque muy tímidamente probara á indicárselo á Napoleón á veces, nunca su previsión había llegado á concebir una catástrofe tan enorme. Napoleón atribuyó todo á los elementos, á un frío repentino y extraordinario que le había asaltado antes de tiempo, como si este accidente no debiera de ser previsto por un genio tal como el suyo, y como si, aun antes de este frío, no hallara su empresa dificultades insuperables en las distancias. También achacó parte de esta trágica aventura á la bárbara demencia de Alejandro, quien, incendiando sus ciudades, se había hecho más daño que el que se quería hacerle; pues según Napoleón decía, no se pensaba en imponerle más que condiciones de paz muy aceptables: como si Alejandro hubiera debido proporcionar la guerra á los cálculos de su adversario, hacerla fácil para que se le pudiera batir sin mucho esfuerzo, como si finalmente, habiendo derrocado con este sacrificio al gigante que dominaba la Europa, y ocupado su puesto, aunque realmente sin adquirir su gloria, hubiera de deplorar el incendio de algunas ciudades, y aun el de una capital de su imperio. Estas eran débiles excusas por Napoleón ideadas; pero, no pudiendo guardar silencio sobre el desastre de Rusia con un personaje como el archicanciller Cambaceres, exponía estas miserias, cuyo valor se le alcanzaba á un hombre que lo sabía de igual modo. Dicho esto, dió Napoleón muy expresivas gracias al príncipe Cambaceres por el celo que había acreditado, y lejos de reconvenirle, como á magistrado ordinariamente cuerdo y humano, por la muerte inútil de tantas víctimas, volvió al asunto de que se proponía hacer el gran acontecimiento del día, á la conspiración de Malet. Le repitió el tema, que de su boca había de pasar á la de todos los funcionarios del Estado, que se necesitaba no sólo de soldados valerosos, sino de magistrados firmes, capaces de morir en defensa del trono como los soldados en defensa de la patria. Después habló de los peligros personales que había corrido, y de los que aún tendría que arrostrar para restablecer sus negocios, de la necesidad que había de asegurar la transmisión de su corona á su hijo en el caso de que llegara á perder la existencia, de los medios que había de lograrlo, de la ventaja de coronar anticipadamente al presunto heredero, lo cual había acontecido á menudo en el imperio de Occidente, y por último, de un gran espectáculo que habría que dar para herir las imaginaciones y hacer oír el lenguaje del deber á los magistrados civiles.

Estas consideraciones eran una amenaza para un magistrado íntegro y honrado, que por desgracia había suministrado amplio asunto á la maledicencia con su conducta durante el corto éxito de la conspiración de Malet. Llegando del campo Mr. Frochot, prefecto del Sena, en el momento en que se posesionaban del *Hotel de Ville* los conspiradores, creyendo lo que decían, y no imaginando ni por un instante que pretendieran inducirle á engaño, había obedecido lisa y llanamente el supuesto decreto del senado, y mandado disponer el salón principal del *Hotel de Ville* para recibir al nuevo gobierno.

Sin duda había en esto una credulidad que daba que reír no menos que la prisión del duque de Rovigo, pero que se explicaba como todo este asunto por la poca solidez de la fundación imperial, y que, lo repetimos, conviniera olvidar en vez de forzar al público á ocuparse

de ella. Por el contrario, Napoleón, aun cuando estimara á Mr. Frochot y no le moviera ningún sentimiento de malevolencia hacia su persona, resolvió hacerle servir para el espectáculo que preparaba, y sobre el cual pretendía atraer la atención pública para estorbarla que se fijase en los acontecimientos de Rusia. Decidióse que Mr. Frochot fuera sometido al Consejo de Estado, y que todas las grandes corporaciones se presentaran en las Tullerías para dirigirle discursos solemnes, ora sobre su regreso, ora sobre los sucesos del instante. Esta costumbre, tan frecuente luego, no se hallaba establecida entonces. Los días de gran fiesta se pasaba por delante de Napoleón, y se le dirigían algunas palabras no escritas, á las cuales contestaba del mismo modo, siendo de suerte simples visitas y no solemnidades. Advertido el archicanciller Cambaceres, indicó á los jefes de todas las corporaciones la substancia de sus discursos, y el domingo 20 de diciembre, á los dos días de su llegada, recibió Napoleón al senado, al Consejo de Estado y á las grandes administraciones.

Mr. de Lacedpede, presidente del senado, fué quien usó la palabra en nombre de este cuerpo. Era uno de aquellos sabios que de buen grado ponen la ejercitada pluma al servicio de un poder ampliamente remunerador. Suministrando el príncipe Cambaceres lo substancial de las ideas, sabía revestirlas harto pronto con los afectados colores de que había aprendido á servirse en la escuela de los mediocres imitadores de Buffón. Empezó por felicitar á Napoleón de resultados de su feliz vuelta y por felicitar asimismo á Francia, pues era una desgracia nacional toda ausencia del emperador, como que amenguaba la influencia benéfica de su genio. Después vino al asunto del día, no á la campaña de Rusia, sino á la conspiración de Malet. Hombres, decía, á los cuales la clemencia del emperador había perdonado sus pasados delitos, habían querido arrojar á la Francia en la anarquía, de que su genio tutelar la había sacado; pero el desmán había sido corto, el castigo inmediato, y advertida Francia por esta tentativa loca, había conocido nuevamente lo mucho que era deudora á la dinastía napoleónica, le había prometido una fidelidad invariable, y el senado, instituido para conservarla, estaba resuelto á morir por ella.

Por este lenguaje se conoce que no son nuevas las vaciedades que hemos oído tantas veces, y de las cuales no hay que hacer gran caso. Pero merecería atención suma un pasaje de este discurso. — «En los principios de nuestras dinastías antiguas, añadía el presidente del senado, vióse más de una vez al monarca ordenar que un solemne juramento ligara de antemano á los franceses de todas las clases al heredero del trono; y en ocasiones, cuando la edad del joven príncipe lo permitía, se le puso en la cabeza una corona, como prenda de su autoridad futura, y símbolo de la perpetuidad del gobierno.»

Evidentemente había una inspiración superior en estas palabras, y era la primera indicación del proyecto de que acabamos de dar noticia, el cual consistía en preparar de antemano, para el caso de una muerte repentina, la transmisión de la corona imperial al hijo de Napoleón. Terminaba el discurso del senado con algunas palabras sobre la expedición de Rusia; sobre los elementos, único origen de nuestras desdichas; sobre la

barbarie de los rusos, que, en vez de entregarnos sus ciudades, las habían quemado; sobre el sentimiento del emperador Napoleón, que no hubiera querido una guerra hecha de este modo, que no deseaba más que una avenencia equitativa, y, finalmente, sobre el desnudo de los franceses, prontos siempre á agruparse en rededor de las banderas para conquistar á su emperador una paz gloriosa.

Sentado Napoleón sobre su trono, respondió con algunas palabras, que, aun cuando vaciadas en la misma turquesa que había suministrado, tenían otro carácter que las de sus tristes aduladores.

— Muy en el corazón tenía la gloria y la grandeza de Francia, según decía; pero pensaba ante todo en asegurar su reposo y su felicidad interiores. Salvarla de los destrozos de la anarquía había sido y sería el objeto constante de sus esfuerzos; y así pedía al cielo magistrados animosos, no menos que heroicos soldados. Muerte la más bella sería la de un soldado cayendo en el campo del honor, añadía, si no fuera aún más gloriosa la de un magistrado pereciendo en defensa del soberano, del trono y las leyes. Por grito de unión tenían nuestros padres: — ¡*El rey ha muerto, viva el rey!* Estas pocas palabras contienen las principales ventajas de la monarquía... Aludiendo al voto expresado por el senado, decía Napoleón lo siguiente: «Creo haber estudiado el espíritu manifestado por mis pueblos en los diferentes siglos: he reflexionado en lo hecho durante las diversas épocas de nuestra historia, y lo seguiré meditando...»

En cuanto á la expedición de Rusia, visiblemente el designio, muy sensato sin duda, de la respuesta imperial, fué no envenenar la querella con el emperador Alejandro. «Una guerra política, añadió Napoleón, es la que sostengo. Sin animosidad emprendíla, y hubiera deseado ahorrar á Rusia los males que se ha hecho á sí propia. Parte de su población hubiera podido armar en su contra, proclamando la libertad de la de los campos...; me lo han pedido gran número de aldeas; pero me he negado á una providencia que arrastrara á la muerte á miles de familias... Mi ejército ha padecido, pero el rigor de las estaciones,» etc... Dando después gracias al senado con bastante altivez, recibió Napoleón al Consejo de Estado. Éste cuerpo no podía hacer más que repetir las palabras prescritas para la ceremonia, y no merecieran ser aquí reproducidas, á no ser por la respuesta de Napoleón. Tras de recalcar de la manera convenida lo de que algunos malvados habían querido sumergir á Francia en la anarquía; lo de que al crimen había seguido al punto un justo castigo; lo de que Francia en tal coyuntura había sentido duplicado su amor á la dinastía, á que debía tanta gloria y ventura; y lo de que, si llegase el caso, correría en masa á los pies del heredero del trono, para hacerle subir allí y sostenerle; tras de estas vulgares declaraciones, hablando el Consejo de Estado más de la guerra que el senado, pretendía descubrir en los últimos infortunios algo que le arrebatara de satisfacción y de asombro, y era el desarrollo prodigioso de un carácter augusto, que nunca había parecido más grande que entre tamaños tropiezos, por los cuales semejava que la fortuna hubiese querido probarle que podía ser inconstante... Pero esta era una prueba pasajera: Francia se iba á agrupar alrededor de las banderas en masa, en el extranjero iba á contar sus fuerzas y las